

EL LEGADO DE DOS GRANDES

En 1976 y bajo la dirección de Marcel Roche entró en el escenario de la comunicación científica internacional la revista *Interciencia*, proyecto bandera de la asociación del mismo nombre, un lugar de encuentro de las Asociaciones Nacionales para el Avance de la Ciencia del continente americano. Para ese entonces y desde unos años antes –del norte de Canadá y Estados Unidos hasta el sur de Argentina y Chile, en todos los países de la región– los líderes en ciencia y técnica buscaban mecanismos para acortar la inmensa brecha que existía con las sociedades de los grandes productores de los nuevos conocimientos. La trayectoria de Marcel Roche como investigador y gerente de la ciencia era bien conocida por lo que su liderazgo garantizó su escogencia para ser el vocero de sus colegas como Editor de la revista.

Hoy conviene recordar su paso por *Interciencia*: su mejor tribuna y su aparejo durante 22 años para dar a conocer los logros de los investigadores latinoamericanos. Marcel Roche dedicó día y noche a promover no sólo ciencia sino cultura y para muestra están las portadas de la revista que utilizó para exhibir el genio vanguardista de los mejores artistas regionales. Todo ese inmenso trabajo de divulgador fue reconocido mundialmente cuando en el año 1987 la UNESCO le otorgó el Premio Kalinga.

En 1999, Miguel Laufer sucedió a Roche en la dirección de *Interciencia*. Venezolano, médico y neurocientífico en el IVIC de Marcel Roche, Laufer venía de distinguirse también como diplomático internacional desde la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la OEA, pasantía laboral que le permitió conocer –de primera mano– la ciencia y los científicos de la región. Con tal equipaje intelectual su escogencia, como sucesor de Roche en la dirección de *Interciencia*, fue natural ¡El tiempo ha probado cuán acertada fue esa decisión!

Aunque Laufer heredó un proyecto editorial bien definido y que marchaba a muy buen paso, su exitoso accionar durante los últimos 23 años no puede ser desde adju-

cado a un legado inercial. En efecto, si bien cualquier tropiezo que enfrentó Roche en su rol de editor fundador de *Interciencia*, –que no fueron ni pocos, ni pequeños– ha quedado opacado ante el logro de haber soñado y hecho realidad el proyecto comunicacional, bajo la batuta de Miguel Laufer, las dificultades que tuvo que enfrentar y superar –que fueron muchas y muy grandes– sólo resaltan su capacidad, dedicación y devoción al trabajo de mantenerla en el pináculo de excelencia, inclusive ampliando su dimensión. En efecto, mientras que hasta mediados del año 2000 la periodicidad de la revista era bimestral a partir de entonces su frecuencia pasó a ser mensual, un trabajo editorial que sólo puede ser descrito como titánico. Desde hace dos décadas, 12 veces al año y con rigurosa puntualidad, *Interciencia*, lleva a los investigadores del mundo los avances en las fronteras del conocimiento logrados por los colegas de las Américas.

Bajo la guardia de Miguel Laufer, *Interciencia*, dejó de ser una revista editada en papel y financiada primordialmente por países que llegaron a sentirse honrados de contarla entre sus haberes, para pasar a ser una revista virtual, con problemas financieros nada despreciables y radicada en lares muy distantes del que la vio nacer y crecer.

El tiempo de Miguel Laufer llegó a su término con el presente número. Y si bien, él y Roche, se pueden sentir honrados del rastro que han dejado en la región, quien pase a seguir sus pasos en la dirección de la revista está obligado a continuar el rumbo que ellos han señalado. Y es que América Latina necesita hacer escuchar su voz en el concierto de naciones productoras de conocimiento y nadie mejor para ello que *Interciencia*, el vehículo natural para divulgar los avances generados en nuestra región.

JAIME REQUENA
Comité Editorial, *Interciencia*